

Lima

A Telesforo De Miguel le gustaba conducir; lo necesitaba. Vivía en un barrio rodeado de precariedad. La experiencia más universal posible. Mediado el día, su taxi necesitaba un respiro; y la vista. Los agentes de tráfico, aquello que esperaban era el error, no la justicia. La ciudad de Madrid estaba insoportable, además de cara. A la mayoría de la gente se le iba la vida deseando otra.

El reloj de bolsillo hacía su efecto, no obstante. Lo de estrangular y violar a dos mujeres no terminaba de recordarlo. El taxi le había enseñado a ganar y a perder, pero sobre todo a vivir. Y cuando se ponía nervioso, tan solo debía de darle cuerda a la manecilla de ese reloj con su madre mirándolo, y su época de recepcionista en Lima; a cada giro de la cuerdecita que daba, se le alejaba más y más de su cabecita, o lo parecía. Ayudó a su hermana a acabar con su marido. Lo tuvo secuestrado. Recordar, lo recordaba todo, algunas veces con pesadillas, solo que siempre intentaba que fuera lejos del coche, ya fuera ese taxi u otro. Eran el recuerdo de un recuerdo, fragmentos, una obsesión que le costó la vida a su hermana. Ahora bien, gracias a los años que trabajó como recepcionista de hotel, había aprendido a saber despertarse inoportunamente y a no tener prejuicios, cosa que, para hacer de chófer, le iba como anillo al dedo.

El tiempo libre lo dedicaba a leer (leer un libro antes de dormirse con la suficiente luz para verlo cómodamente reducía el estrés casi en un setenta por ciento), a cuidarse y a cotillear en el perfil de citas de la plataforma en la que estaba suscrito, ubicado en la categoría de “para mayores de cuarenta”. Siempre con mujeres, aunque su atractivo también captaba la atención de ciertos hombres. Tenía una mezcla de rasgos variopintos. Y de no ser por el oficio

de taxista, desayunaría solo, almorzaría solo, comería solo, merendaría solo y cenaría solo. Así, todos los días.

Como taxista, acababa de dejar al cirujano plástico por antonomasia. Uno de sus clientes. Trabajaba en once países desarrollando un programa de cirugía mínima invasiva en la especialidad torácica. Lucas entrenaba a los cirujanos, supervisando a veinticuatro, no más. A veces con operaciones simultáneas, llegando a gestionar ciento cincuenta casos prácticos de cirugía de pulmón en una semana. Solo interviniendo directamente en los más complejos. Al menos, eso es lo que le contaba Telesforo a otros usuarios con los que tenía cuartelillo. Lucas Diosdado era todo un personaje para algunos... A esa hora ya estaría despegando hacia Shanghái (China), su sede central durante los siguientes días.

—Si te enamoras de alguien, enamórate de sus ojos, porque los ojos no envejecen y, si amas sus ojos, la vas a amar para siempre —le había dicho su buen amigo Lucas.

No era habitual que le aconsejase ese cliente, pero esa vez sí tuvo lugar. Quizás, por haber leído mientras le llevaba hacia el aeropuerto de Barajas un mensaje a modo de aviso, el cual decía: *Mujer muere a las 12 h 25 min. Niña nace a las 12 h 24 min.* Ni los médicos estaban a salvo de la curiosidad en exceso, pues de haberle hecho caso al conductor no habría leído el aviso informativo y la curiosidad no le habría hecho perder la cautela, dejándose un segundo bolso de mano en el asiento trasero. El chófer estaba acostumbrado a observar escenas de todo tipo y, como que, a escuchar en casa ajena, sabedor del azar, de la involuntariedad y de la conciencia. Telesforo estaba desarrollando de manera adictiva ese hábito, y cogiéndole gusto. Siempre había una solución fácil, clara, plausible, o la equivocada.

Si podía, las escogía blancas, guapas y limpias. De una belleza de su edad, a la que tenía que atender. Había desarrollado un especial sentido del tacto en ese baile de marionetas y la irrefrenable necesidad de aparentar, aunque a veces el cazador era más interesante que la presa, y se la devolvían con creces. Quizás por aquel antiguo querer de tantos años y la naturaleza como lienzo, amén de los pensamientos de juventud, también esos, cuando uno era todavía demasiado nuevo como para dar crédito a los acontecimientos que vivía y a sus propios actos. Porque dos años al volante no eran suficiente experiencia en Madrid. Ni cinco ni seis. Y como consecuencia de ello, algo voraz y desasosegante le sucedía de cuando en cuando. La última vez que se rio en tal sentido fue con una monja que vestía hábito azul y llevaba una de esas tocas o cofias volanderas o aladas. La otra, la que le dejó dos criaturas de pocos años. O la de que podía ser su madre con un esposo de incipiente Alzheimer (otro que tenía que inventarse la vida, porque acababa siendo verdad). Todas las veces que le atracaban se reía, de puro nervio, de miedo, hasta que la vida lo volviese a encontrar: porque la vida de los muertos consistía en la memoria de los vivos. Y Telesforo dejó su país por eso, acojonado y aprisa. El día después de que entraran a su casa y se llevaran a su hijo.

Conducir, lo que era conducir, lo hacía bien. No siempre llevaba un taxi de esos blancos con raya roja en diagonal en los laterales. Su primo también le consiguió de inicio un puesto en uno de esos del tipo berlina, en color oscuro. Coches de alquiler con conductor, como alternativa a los taxis tradicionales, que iban ganando relevancia en los últimos años, sobre todo en las grandes ciudades. Uno u otro, lo limpiaba todas las veces que hicieran falta. En su maletín llevaba consigo un pequeño humidificador que, una vez relleno de agua, lo

enchufaba al coche y acertaba con el olor que preferían sus clientes más asiduos. El cirujano Lucas, a limpio. Uno que jamás se sentaba de copiloto, y bien que lo agradecía De Miguel, que era como le llamaban normalmente, además de otras acepciones del tipo “cochero”, “mozo”, “chófer”, “conductor”, “chafirete”. Raramente “señor”, “caballero” y demás formalismos. Su cara era de uno de treinta y pocos, aunque los papeles apuntasen algunos años más. Vestir, vestía bien. Correcto, formal. Y para cada coche llevaba su tipo de calzado. Mocasines atemporales negros en el de representación.

Lo que no cambiaba nunca era la hora de su reloj de bolsillo, que iba con la de Lima. Madrid, siempre siete horas por delante de Lima (Perú). Tampoco cambiaban ciertos comentarios de sus parroquianos, admirados y denostados a partes iguales:

—Ahora la gente escapa de internet, pero antes escapábamos a internet—
—le había manifestado Lucas, el que se conformaba con la realidad de la vida—
. Ya hay gente en Madrid que vive en cápsulas como las de Tokio porque no puede pagar un alquiler. Internet no nos ha vuelto malos; ya éramos así.

Telesforo había aprendido de él lo de saber pararse en ese rayito de sol, tanto en los días de mucho frío como en los restantes, y sentir regocijo, aunque fuera por unos segundos. Otra cosa que hacía solo. Madrid, tierra de secretos, ciudad de mentiras, tenía esos lugares y momentos que significaban una pérdida de la inocencia total.

—Yo no tengo tiempo para los enemigos, hay demasiadas ciudades, mujeres, libros y experiencias por conocer—había escuchado del cirujano, sin que por ello le fuera pretencioso, terco y con el valor de ser directo.

Chico Cruz, su primo, odiaba a todo el mundo. Un tipo listo, que sabía que las personas muy buenas podían hacer cosas muy malas; y al que el amor le daba miedo. Y que sabía que los días de lluvia la gente ahorra menos. También, que todos los barcos necesitaban un capitán, los pequeños y los grandes. Hablar, hablaba poco, y se le veía menos. Pero sabía hacer que todo pareciera fácil. En España se hacía llamar José Ignacio.

Otro de sus negocios consistía en limpiar las casas de los ancianos que morían solos. Madrid iba camino de Japón, con uno de cada diez habitantes superando los ochenta años o más. Trabajadores que la mayoría de las veces debían enfrentarse a un insoportable hedor a carne podrida porque los cuerpos ya estaban en descomposición cuando les llegaba el aviso, alertados por algún vecino, familiar lejano o la mismísima policía. Ese tufo lo sufrió De Miguel en sus primeros días, al poco de aterrizar en la terminal del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Y fue bien cerca de la misma Avenida de la Hispanidad. Posiblemente el fallecido hasta fue alguien laburante, trabajador y bondadoso.

Para cuando lo llevaron a uno de los bares de culto de los taxistas, no solo no pudo probar nada, sino que anduvo más quieto y afectado que nadie, tal que aún no hubiera despegado del aeropuerto Jorge Chávez, en su barrio del Callao peruano. Le sorprendió la relación con los bares, aceptándolo como en su casa.

—Las abejas siempre regresan a su colmena —le dijo por entonces uno del gremio del taxi. Y cuatro hombres no identificados le estrecharon la mano, signo de respeto a su primo.

Al día siguiente ya estuvo intercalando casas con coches varios, incluso llegó a trasladar a un banquero, de esos que creían que la tierra era para venderla y no para trabajarla.

No le costó mucho ir dándose a la física de la búsqueda; sabía orientarse. Y, en su mayor parte, se les avisaba de los trayectos de antemano. Además, estaban las nuevas tecnologías. Su mismísimo primo anduvo al tercer día de chófer ayudándole, el cual le dio toda una clase magistral de comunicación basada en el lenguaje corporal de las manos por antonomasia. El noventa y tres por ciento de la comunicación se hacía de tal modo en los oficios que regentaba. Telesforo memorizó todo: una mano sobre otra para indicar escucha; la pinza de los dedos para la precisión; juntarlas para enfatizar; en ancla como control; entrelazadas para mostrar unión y acuerdo; la palma lateral para la dirección y el camino; y las palmas arriba como signo de transparencia y apertura. Apenas unos movimientos capaces de todo, ya fuera para limpiar, hacer de chófer, vigilar desde las garitas de seguridad (que era lo menos), el *vending* de las máquinas expendedoras, etc.

Negocios varios, partiendo de la base de que el cliente público era malo. José Ignacio no trabajaba directamente para ninguna Administración Pública. El mismo que sostenía que no tenía sentido que el vigilante no pudiera ser extranjero en España. Tener una empresa de multiservicio encerraba muchas historias paralelas, la suya propia y la de sus empleados. De haber querido, alguna escuela de negocio hubiera mostrado su emprendimiento y adaptación, con mejoras y evoluciones sucesivas, diversificando tanto los servicios que ofrecía como la primera compañía que fundó al poco de llegar a España, también escopeteado como De Miguel. Facility Services Company era lo que aparecía en los tiques y en los encabezamientos de las facturas antes del número de identificación fiscal.

Eso sí, la vida de Chico Cruz era humilde, aparentemente.

—Vivo donde puedo permitirme pagar el alquiler —declaró una vez.

El novio de Alejandra vivía en el distrito de Vallecas, en la conocida como Colonia de los Taxistas. Se le veía paseando a su perro por el Cerro del Tío Pío, también conocido como el Parque de las Siete Tetras, perpendicular a su calle. Oficialmente residía en un antiguo local reconvertido en vivienda, de aquellos inaugurados en la década de los ochenta por parte de una cooperativa de taxistas. Un lugar tranquilo, distante siete kilómetros de la Puerta del Sol. Alejandra, en cambio, residía en una urbanización de Aravaca, también de alquiler.

Telesforo apenas tenía trato con Alejandra, salvo por su primo, cuando obligaba.

—Me quité la ropa y le pregunté qué le gustaría que hiciera. Dijo que dependía de mí —confesó Alejandra al que sería el padre de su hijo. Chico quiso saberlo todo de ese encuentro—. La primera vez, desnuda y con las piernas abiertas, cuando tenía dieciocho años —le retrató esa joven mujer el *affaire*. Después le concertó otros dos encuentros con De Miguel, un hombre hermético si había de serlo, que rechazaba el uso de métodos anticonceptivos.

No conocía del todo bien a Alejandra, porque en sus encuentros se limitó al sexo y a obedecer, no al cariño. Mandado por su primo, que arrastraba métodos de cuando formaba parte de una banda y los hacía cumplir:

—Los límites solo existen en tu mente. Si puedes soñarlo, puedes hacerlo, primo —le exponía cual boxeador, ordenando follársela, peor que una vendedora de niños, al tiempo que le endurecía la cara interna de los muslos a su chica para evitar la acumulación de grasa y la fluidez en aquella enredosa oferta—. Todo lo bueno que te puede pasar en la vida es por no saber de quién es novio nadie.

La quintaesencia del placer, tal vez, que se beneficiaran de su chica delante de sus mismísimas narices.

Los mentideros llegaron a decir que Chico Cruz dejó atrás nueve hijas y catorce vástagos varones de seis madres distintas. Memorias que se quedaron al otro lado del charco. De la compleja relación con su padre, nada. Ni con De Miguel, su primo, otro que no era un taxista desesperado de los de maldecir su suerte, al que le cabía todo en un instante.

Frente al bar Iberia, uno de los bares de referencia del gremio del taxi, decían haberlo visto algunos. Ir allí era algo casi religioso para los taxistas que ansiaban un plato caliente, un refresco o un café de confianza, necesitados de repostar también el cuerpo y el alma en esos sitios tras horas haciendo kilómetros y esperas varias en la capital de España. Bandadas de taxistas que se podían agolpar a las puertas del local y, en cambio, ninguno certificar haber visto nada, monopolizando el paisaje de la terraza, entrando y saliendo rápido de esa glorieta del barrio de Chamberí llamada Ruiz Giménez.

Como esos otros tantos sitios donde poder ir a diferentes horas, por la mañana, al mediodía o a cenar. Pequeños lugares en el gran mundo madrileño. Lugares de diario, donde cantar comandas y experiencias, conversaciones cruzadas y darse un poco de manga ancha entre ellos, emergiendo las quejas generalizadas, pero sin que nadie les disuadiera de seguir con sus rutinas. Por Atocha, el restaurante Asturias; hacia el barrio de la Concepción, el Astur-Leonés; y tantos otros lugares de confianza, instantes y referencias.

Chico Cruz, como buen taxista, sabía dónde estar y dónde no estar, dónde ser visto y dónde no ser visto. Y a su gente se lo inculcaba y exigía, tremendo si había de serlo.

Nada de eso le había contado Telesforo a Rosa, una mujer diecisiete años mayor que él. Divorciada dos veces y madre de dos hijas, que medio seguía al pie de la letra el patrón que había marcado el chófer en la aplicación de citas. Ella nunca le pidió dinero y él nunca se lo ofreció. Al poco de tumbársele desnuda, supo de sus formas de amar, o lo pareció. Hasta le prometió llevarla a una pastelería, de esos lugares donde escaparse solo a tomar algo y pasar inadvertido. Besó su rímel, mordió dulcemente el vello de entre sus piernas y le tensó de más sus músculos hasta que expulsó todos sus demonios, tiritando de frenesí espasmódicamente, acabando gustosamente dolorida por la pose ella, demasiado extasiada como para levantarse, ligeramente conmovida y con las ingles fuera de sí... la caricia de la respiración silenciosa de él dándole fuerza. La manta que le echó por encima terminó de conquistarla. Tomar antipsicóticos, antidepresivos y otras cosas no hacía ese efecto, ni por asomo. Encuentros que, si se pensaban demasiado, no se hacían nunca; no existiendo las equivocaciones, tan solo lo que se hacía y lo que no se hacía.

Jamás había hablado sobre ello, pero no dejaba de pensarlo por más indiferencia que mostrara. El acercamiento con Alejandra ayudó, no del todo. Durante el trabajo su concentración era completa, ya fuera haciendo de taxista, chófer privado, limpiador, peón de mudanza, vigilante o lo que fuera. Los clientes recibían el lujo de su atención plena. Deseaba evitar escenas incómodas, y ocultaba sus sentimientos para no sentirse atado ni incomodar a nadie. Fuera del mismo, cuando la cosa iba mal, con ellas pagaba su hambre zumbándole una gran cantidad de cosas en su cabeza. Mujeres a las que era mejor no pedirles nada, casi todas mamás, a las que les interesaba que De Miguel estuviera disponible, poco más, y que las atendiera con su masculinidad

dominante. La forma en la que sostenía a unas u otras dependía. Y su sonrisa. Enloquecerlas, abrumarlas, dejarse llevar... negarlas. Las mujeres hacían cualquier cosa con tal de no estar solas. A menudo quedaba de inicio en un hotel cuyo *hall* parecía un pabellón psiquiátrico. La bondad y la vejez del establecimiento borraban todas las memorias y los egoísmos, y hacían que cuidarlas fuera más fácil. Después, él mismo conducía hasta el lugar donde materializar ese encuentro, para a su término abotonarse la camisa oscura y mesarse el cabello sin enfrentar su mirada a nadie, saliendo del local como si fuera a pasar mucho tiempo. A veces horas, en otros días, y volver a las furtivas e interminables conversaciones de ellas como coalbaceas de esa relación de interés mutuo en donde lo mejor era no pedirse nada y entregarse, guardando los secretos.

Cuando no le gustaba la mujer con la que había quedado, todo era más rápido, ayudándolas a esa excitación y entrega de la liberación carnal más allá de los límites de la razón, atesorándolas de gozo a sabiendas de que las amantes maduras sí follaban por el culo. Solo una vez, hubo de ayudarse de un juguete de esos para que ella se decidiese a expandir sus horizontes en tales amoríos, y casi se lo estrella en la cabeza o se lo deja bien metido por el ano del ruidito que hacía. Una que fue una romántica, pero que fue muy golfa, de esas que pagaban las reformas de su habitación con sexo, no parando hasta que alguien se les corriera bien adentro, teniendo lo peor de un hombre y lo peor de una mujer. Todo a juego con el grito sereno que desprendían las velas aromáticas.

Normalmente, frecuentaba los mismos sitios para esos encuentros, si de él dependía. El menos glamuroso, uno del barrio de Moratalaz, cerca de la

avenida de la Albufera, no muy lejos de la zona noble de los taxistas y sus ancestros. El otro en El Viso, del tipo chalé con todas las comodidades, situado en el noreste de Madrid, concretamente en el distrito de Chamartín, superando al recurrente y plenipotenciario distrito de Salamanca en lujos varios.

De Miguel no tomaba notas de ellas, fueran o no amas de casa, empresarias, *celebrities* o miembros de la aristocracia. Fueran quienes fueran, recibían del mismo un ramo de flores. Seis blancas y una roja. Salvo Alejandra, con quien acurrucó su pecho por orden de su primo, no sabiéndose manejar del todo por aquello de las drogas, los suicidios, las conspiraciones y ese entorno de incertidumbre y de angustia. Una mujer chulita y prepotente, que caía mal por ser quien era (la chica del jefe), quien se hizo mayor muy rápido y a la que le faltaban todavía años para ser sabia, aunque ya se había percatado de que en el mundo mandaban los malos, y en todos los sitios. Y que quien no tenía nada, molestaba. Una a la que también le gustaba la historia, y que muy a pesar de ser joven y deber guardarse tenía lo suyo, y no era maleducada porque sí:

—Mejor que exigir el perdón de antiguos imperios, ojalá todo el mundo estudiase historia —supo de ella Telesforo. Que tenía todas las características del ser humano, pero pareciera que escondiera sus emociones.

Además, De Miguel tenía la habilidad de no recordar caras ni nombres. Nunca o casi nunca recordaba el nombre de la gente.

De ella tenía algo en su cajón de lencería. Pues Telesforo mantenía ese lugar imaginado muy a su pesar. Algo que podía parecer confuso, pero que solo estaba desordenado, bien cerca de las otras mudas, calcetines y ropa interior de su talla y efecto. Obligado a ello, quisiera o no, que Chico Cruz era mucho más que un héroe canalla y un empresario haciéndose hueco, al que no se le

agotaban los conejos en su chistera. A sus empleados les decía cómo vestir, asearse y comportarse. Y a su chica, cómo no, a la que no le permitía dejarse vello alguno:

—No es más higiénico, ni tampoco son retratos íntimos de la feminidad —decía sobre el vello corporal y ciertas zonas.

Se ocupaba personalmente de ello. Y de sus cejas, el labio superior, las piernas, las ingles, que no solo las axilas. A quien el feminismo no le hacía sentir culpable. También del pubis y de los labios mayores.

—Es simplemente darte cuenta del mundo en el que vivimos —le hacía más fácil esa integración consigo misma—. Muchas veces eres tú misma viéndote a ti y sintiendo que no te cuidas, que vas desarreglada, que estás descuidada. Para que te pasen cosas buenas, tienes que saber lo que quieres.

Prácticamente cada día se lo recordaba y medio que rasuraba, prohibidos los frenéticos arrebatos de llanto. A la vecinita española que todos querrían. Vecina que asimismo tenía un precio.

—No se puede caminar sin rumbo y perder el tiempo —le decía Chico a su novia—. Una canción que no tiene un mensaje universal es un fracaso, al igual que toda mujer.

De Miguel, en cambio, siempre buscaba mujeres con un mínimo de vello en las zonas genitales. Así le gustaban más. Estaba chapado a la antigua. Él no había agredido con unas tijeras de podar a ninguna por haberse dejado crecer sus zonas íntimas.

—Hoy todo está regulado. Quizás los jóvenes lo prefieran —llegó a contestarle una vez al primo, que lo inquirió. En albornoz y a la luz de las velas, la tercera vez que se hubo de acostar con Alejandra. Una presencia perturbadora

que le contagió su estado de ánimo y su melancolía durante unos días. Todo, sin apenas abrir la boca, obsesivo el primo, una persona con bulimia de los datos. De ahí buena parte del perfeccionismo extremo y del carácter huidizo de Telesforo, salvo que le preguntaran y hubiera de darse al cliente, siendo empático.

Aquella última vez superó más de una prueba:

—Todos los seres humanos somos capaces de unirnos para siempre —le contó Chico Cruz.

Vitry era la marca de referencia que usaba José Ignacio (Chico Cruz) tanto para las limas de uñas como para las pinzas de depilar. Francesa. Realizadas con la precisión de un orfebre en acero inoxidable de calidad quirúrgica, ultraprecisas. Y la línea de cosméticos para reparar, endurecer, proteger, nutrir y fortalecer. Trataba a Alejandra como si de sesenta mujeres fuera, y apenas la tocaba de más, tal que le fuera un capricho que no podían permitirse. Si por él fuera, convencería antes a la vecina para hacer un anal.

—Una de las grandes tareas del ciudadano culto es reconciliarse con la imperfección del mundo —le instruía a la chica, de apenas veinte años.

Telesforo vomitó dos veces la primera noche con Alejandra, y eso que no había hecho nada malo. Solo superar una prueba y encontrar trabajo con el que vivir y rehacer su vida en Madrid, lejos de Lima y de sus peligros, volviendo a formar parte del clan. Morir, tendría que morir; lo mejor sería que pudiera llegar sano hasta la muerte.

—Nos encanta verlas tan cercanas y comprometidas —arguyó el primo, interactuando bien tarde en el día, condicionándolo—. La siguiente sequía no

será de agua, sino de algo mucho peor; está demostrado que las personas gentiles viven más y enferman menos.

Chico Cruz daba miedo; su cercanía eran dardos de angustia dibujada en la expresión de sus ojos. Luz sepultada por cóleras y ruidos. Un tipo que se manejaba siempre que podía en español, idioma de pobres y migrantes para algunos que se creían directores de cine o que buscaban controversia poniéndose en el ojo del huracán denostando las raíces, instantes en el tiempo, para otros, mucho más que un idioma de países emergentes.

Donde había fuego siempre quedarían cenizas.

Chico, el jefe, sabía la diferencia entre hablar y argumentar; había aprendido a leer del lenguaje de los simbolismos. Podría llegar a ser mucho peor que el helor que la luna vertía cuando alguien perecía y no había ni adónde mirar. Carecer de ideología y de escrúpulos le colocaba siempre en una posición ventajosa. Manejaba como nadie los sentimientos de vergüenza y de confusión, toda una constante, y de forma intensa. Lo único que encontraron del último policía que fue a por él fue su placa, amortajada en la neblina más impropia de su taquilla. Los de homicidios lo sabían. Hacía sentir a la gente como en otra época, él y su ideología utilitarista. "*A mi preciosa esposa, lo mejor de todos los días*" había hecho grabar en el reverso de la placa el muy hijoputa.

Chico Cruz

Rosa, a ratos, se consideraba la única mujer en esa nueva vida de Telesforo. Lo había conocido a través de la aplicación de citas, de la que ella ya se había dado de baja. Telesforo, no; cada día sacaba un rato y buscaba perfiles. Curioseaba. Rosa se sentía como se sentían sus amigas cuando intentaban decirle algo y no terminaban de hacerlo. La sonrisa conciliadora del peruano, y que refutase con seriedad, le podía, amén de la felicidad de las mujeres y la naturaleza del amor o lo que habitase en los sueños, que el ruido de Madrid era el que era, y cuando Dios desaparecía de la ecuación, no había mucho más por lo que ser buenos.

No tenía que pagar pensión alguna a nadie el limeño. Esposa fallecida, hijo muerto, madre enterrada hacía varios años y padre decapitado siendo adolescente... La vida no era mala escritora de guiones; las balas siempre contando la verdad, que algunas cosas merecían el riesgo, enervasen o no.

Él iba guardando mejor orden en las comidas, teniendo la despensa llena, aunque en su mayor parte la comida principal del día la hacía en la calle, en alguno de los restaurantes que frecuentaba como taxista o de *tupper*. Otra faceta que había apuntalado, pues apenas ayudaba con alguna mudanza cuando no había más remedio, quedándole bien lejos las limpiezas extras, que había sabido calar a José Ignacio con el paso de los días y los trabajos. Un tipo que le habría preguntado más de una vez por su chica, intentando pillarle en algún renuncio. Y a ella más veces si cabe.

Quien jamás le preguntó cuántas hubo antes que ella fue Rosa. Ni en Lima ni en Madrid. O bien no necesitaba saberlo, o prefería no arriesgarse. El talento para huir hacia delante de ciertas personas era admirable. Así como habitar lo

erótico y lo sórdido, lo inocente y lo salvaje, lo real y lo fantástico del dolor emocional. Telesforo y su primo sabían aportar certidumbre, seriedad y templanza si se lo proponían, restándole flama a los espejos y las resistencias.

De Miguel tenía algo de su primo en la sangre; alguien que podía ser retorcido hasta el infinito, con rasgos psicópatas y narcisistas. Compartían los patrones intrincados de las bufandas y los chales peruanos, suaves, de buen textil y siempre hechos a mano, que no solo representaban la típica y rica herencia andina.

—Todos somos niños a la intemperie deseando que nos arrojen —le contaba Rosa cuando lo tenía entre sus brazos, entre el primer y segundo acto, cogiéndolo con fuerza para vencerle el terror, que era cuando a De Miguel se le avecinaba el recuerdo de cuando entraron en su casa y se llevaron a su hijo. La misma Rosa que con su segundo marido optó por el celibato voluntario, a modo de limpieza mental y no usar el sexo como algo afectivo tras la ruptura con su primer marido, de la que salió tocada y con baja autoestima. Le podía oír hasta el murmullo más leve cuando De Miguel decía la verdad, henchido de gusto en ella, relajado, a la espera de que nuevamente el sol asomase impasible, como cada mañana, detrás de los alrededores de ese Madrid de las azoteas y las arrugas tempranas, los aparatos de radio y los instintos.

Profesora y exdiputada de la Asamblea de Madrid, reflexionaba sobre la pérdida y la melancolía como nadie, haciendo y dejándose hacer. Podía tener un pie dentro del mundo y otro fuera, tomar distancias y comprender las cosas con cierta perspectiva. Una de sus hijas la conocía, De Miguel, de llevarla alguna vez a la Universidad Complutense, que estudiaba Filosofía. La otra opositaba para profesora de instituto. Melena lisa por la espalda, castaño tirando a rubio. Senos

prominentes. Buena hechura. Frente amplia, mirada larga. Ojos azules. Muy estilizada. Casi todo del padre, seguramente. Y no muy de acuerdo con el voto de castidad, por lo que Rosa le había contado alguna vez a ese su amante.

El candor sexual era diferente con cada persona. Los dos entregaban su cuerpo como si no hubiera intenciones de cuidar del otro; y a su vez, genuinamente lo deseaban desde la honestidad y la consciencia. La profesora de tonta tenía bien poco, sacando provecho hasta donde podía, igual que el peruano. Le faltaba un número para saber del todo la matrícula de la berlina. El primero. Los otros los tenía: 036. Y las letras: KSG. Del taxi al uso, ninguno. Un Škoda Octavia con cuatro años de antigüedad. Poco más le había sacado a Telesforo, y eso bañándose en su sudor, que el verano era el más caluroso de los vividos. El ventilador de techo movía el aire refrescando el ambiente, sí. Y el aire acondicionado bajaba la temperatura en general, que también. Ahora bien, la fogosidad podía más. Y algún roce, arañazo o calentura llevaban en el cuerpo, el uno del otro. De igual modo, llevaban en bucle una canción ochentera. La típica canción del verano, de ese verano. La del chupito de absenta, luces de neón y noche ochentera.

Ser taxista era una profesión muy de bajadas y de subidas. Bonita y dura. Y precisaban de ayuda. Telesforo se sentía un privilegiado. Pronto aprendió que una *china* eran cincuenta céntimos. Un *sol*, una *luna*. Su hermano Juan José lo intentó, pero no se adaptó. Él hubiera seguido usando lo de *causa*, *causita*, *chapar* o *chau señor*, peor aún, *cuerazo*. Ustedes, en lugar de vosotros, sí les medio estaba permitido decir a los limeños instalados en Madrid (la capital del pecado del hemisferio). Con el miedo le daba por comer a De Miguel, dándole igual dulce o salado, el único momento en el que le costaba controlar la mente.

La profesora algo iba sabiendo de esos menesteres y de su colonia. Le gustaba su perfume. Y el gusto por los zapatos. De lo de la mujer que rescató, atada a un árbol varios días y sin comida, nada de nada. Las patatas gajo como guarnición, sí que sí. Rosa le echaba una cucharada de orégano, pimentón dulce y pimienta negra molida, además de la cebolla, el ajo, la harina y el pan rallado. Esas patatas le salían divinas. Le dejaba unos menús predefinidos para que De Miguel no tuviera que improvisar y acabar comiendo de mala manera. De ahí que, además de las flores, alguna que otra vez le regalase algo de cerámica, que había una fiebre pija por comprar vajillas al peso en Madrid, posiblemente heredada de los que fueron antes a Portugal.

—No se me quedó nada dentro como profesional, estoy plenamente satisfecho —le contó una vez de su etapa como recepcionista.

Rosa sabía mantenerse sosegada y carente de pasión cuando había de serlo, como si estar con él fuera algo rutinario. Segura de sí misma, y en su país natal, que hacía mucho. Un pequeño peluche en forma de elefante dejaba colgado del picaporte de la habitación cuando tenían sus encuentros. Por fuera, el típico cartel para el servicio. Se les había convertido en una especie de talismán, porque el teléfono apenas molestaba. Ni los avisos, ni las hijas de ella. Si bien De Miguel tenía su teléfono intervenido, y no por su primo. La Guardia Civil le seguía la pista. Habían decapitado a dos hombres en tan solo treinta horas. Y había denuncias interpuestas por la madre de un menor en las que informaba de supuestas lesiones causadas a su hijo por parte de alguien muy parecido al tal De Miguel. Lesiones, torturas, agresión sexual, laceraciones varias. Tratos degradantes y vejatorios que ninguno de sus clientes sospecharía. Los agentes constataron, además, que a ese menor se le habían efectuado

acciones para inmovilizarlo que no habían sido registradas. Conductas agresivas y problemáticas en un centro de menores de la capital. Dramáticos sucesos, como lo del hombre que hallaron tendido en el suelo en plena calle con profundas heridas en el cuello en la intersección de la avenida Juan XXIII.

La música de kilómetro cero y la manera de doblar las servilletas le delataban si se relajaba. Y eso que no era adicto a nada. El estigma de la adicción ya lo habían descartado los investigadores. Ámbitos como el sexo, el juego, las pantallas, las comidas o los trabajos se trataban en comisarías varias. En el coche, si debía hacer tiempo, normalmente sacaba un cuaderno de actividades con ejercicios y pasatiempos, de esos típicos de los veranos para entretener y que se ejercitasen los niños, ya fuera en la misma toalla con el pelo mojado, la hierba, la arena o el sofá. Hermosa compostura y reflejos varios entre sus compañeros de conducción. En la guantera, además, siempre un libro, que había ratos y ratos.

En el bar de los Sánchez siempre pedía carne a la brasa. Un sitio desde donde se le podía notar cierta indiferencia e incomodidad, entre charlas de vidas mediocres a la espera de que surgiera el monstruo, condensando un desamor frío según los investigadores.

—No todo el mundo está preparado para formar una pareja duradera — habían debatido los mismos.

—La verdadera relajación no es hacer nada, sino bajar de revoluciones el cerebro —comentaban igualmente los taxistas.

Entre los que había, mujeres, no muchas, pero las había, señaladas o no:

—Es complicado ser soltera cuando no eres rica. La soltería es transformadora con privilegios.

Muchos miedos y amenazas en común.

Capaces de mantener varias conversaciones, con ellos y entre ellas, expertas en orden y educación práctica:

—Las braguitas son la prenda de ropa que más guardamos, y no puede ser.

—Amo mi profesión, pero a veces es muy ingrata.

Una en busca de consejo para sacar adelante e impulsar su proyecto de mermeladas. Otra, todavía con la feliz graduación de su hijo, mostrando cómo fue: vestido de lino de Zara y alpargatas de cuña. Miriam. Quien preguntaba mucho por los despigmentantes, dudas cosméticas que no controlaba De Miguel, ni la mayoría del gremio, quienes, por el contrario, sí que conocían dónde quedaban las farmacias. En cualquier caso, siempre pareciendo verosímiles y reveladoras en una multiplicidad de matices.

Y entre ellas, con sus confidencias de mujer en un mundo de hombres:

—Yo no estoy pensando en llegar al orgasmo, pero me preocupa que no llegue mi pareja o no llegar yo. Yo siempre llego al orgasmo. Los dos nos preocupamos por los dos. Yo quiero tener una relación superplacentera y, aparte del placer, queremos acabar, y queremos acabar con el orgasmo, pero no estoy obsesionada. Tampoco digo: Voy a aguantar. Yo me dejo llevar. Pero, aparte del orgasmo con la penetración, hay otras muchas cosas que me gustan: la manera en la que me toca, la manera de besarme, la complicidad de la cama —agregó.

Y contó también otra que, a pesar de llevar doce años ya juntos, sentía deseo por su marido:

—Hay veces que tú haces más el acto sexual que otras. Hay situaciones en la vida. Pero yo tengo deseo por mi marido. Yo le quiero mucho y le amo, y tengo deseo. Creo que pasión siempre tiene que haber. Es importante.

Bromear sobre las dos pelucas para un calvo se hacía sin ofender, hablando de los grandes maestros del cine o del Camino de Santiago. Que los españoles fuesen a gastar una media de mil ciento sesenta y siete euros en sus vacaciones de verano lo desconocían, ellos y el vigilante del espejo. Y cuando no había nada, la vista se les iba a la televisión y a las olimpiadas de París. De Miguel y los suyos, de la América olvidada jamás hablaban.

Todos esos lugares donde quedar, alimentarse y descansar un poco del coche los mantenían a buen recaudo para ellos. Silencio y cólera, porque estaban concurridos y había que turnarse. Hasta para ver a la mujer del domingo: una camarera a la que la mayoría de los hombres querrían detener a medianoche. Ese era el otro precio de la verdad: que se veía de todo haciendo las calles y más calles. Desde casi neandertales hasta curiosos, desdeñosos, estúpidos y los de primeros auxilios. Con respecto a la política, salían las izquierdas, las derechas, el sionismo, los volcanes y los amaneceres rotos. Mejor el camino de vuelta que enzarzarse para no sacar nada en claro. Pero sí, había todo un documental seriado sobre la historia, la estética y la identidad de España si se daba con la mesa y el mantel adecuado; hasta los había que vociferaban.

Enternecedor resultaba cuando las madres taxistas llamaban a preguntar por sus hijos y les contaban que estaban jugando antes de dormir, esperándolas, o que había nacido la tortuga Eugenia, o que a su amigo Charlie lo estaba convirtiendo en pollo. De igual manera, otros animales, superhéroes y robots bobos. Mucha teta no había, que el cinturón no iba bien con las horas marcadas

de lactancia, ni el ser copiloto. Pero es que había suegros que eran muy cabrones, y también padres que querían desenganchar a sus hijastras del móvil y las redes a toda costa, además de lo de ser abuela joven.

—Estoy muy contento con una vida más sencilla y simplificada. Estoy semiretirado, no formalmente —saludó Miguel, todo un veterano con suerte—. Lo que se ve en España es lo que solía ser la vida. La gente parece sensata, agradable, reflexiva, bien vestida.

No importaba cómo se conjugasen los astros, sino esa luz dorada y negra del descanso y el trabajo bien hecho para sacar un rato y saludarse. Con las palabras golpeando un poco en la más viva contemporaneidad.

Extranjeros había muchos al volante. En compañía parecida a la de Telesforo estaban varios uruguayos, cada cual con su oráculo individual y colectivo. Y banderas de todas. Nada podía interpelarlos más que ganarse el jornal. O uno que se creía el patriarca y que no era nada. Uno más de esa gente, para la mayoría despreciable, que cifraba su victoria en el fracaso de otros, no en convencer con sus propias virtudes.

—Estamos más que complacidos por las expectativas que tenemos —le picaban algunos, ya con tablas, pero mucho más jóvenes que el que estaba en su último verano, apurando hasta la extenuación—. Vaya preocupándose por los pasos que habrá de dar cada día, que el médico y la parienta le llevarán el cuentakilómetros, jefe.

Se referían al Candela. De la época del cine quinquí, de los sonidos aflamencados, el año en el que pasó todo, que no solo la exposición universal de Sevilla, las Olimpiadas de Barcelona, sino que también el auge del terrorismo, los atracos a las gasolineras, la visita de Juan Pablo II a España o el concierto

de Mick Jagger en el Calderón. Movidas, minúsculas y plurales. Pero, sobre todo, de reverberación hacia el flamenco, donde en las noches largas se paraba por Lavapiés, último resquicio al que aferrarse antes de quedarse en la intemperie, porque Madrid siempre fue, según el Candela y los suyos, la ciudad que mejor entendió de siempre el flamenco, sus poblados, tablaos y cafés. Pero sí, el Candela y su corolario de voces únicas estaba de capa caída. Esa suerte de misal sobre la que habló y calló tanto. Un tipo de noches, de madrugadas, que no sabía del problema de tener el dinero en el banco.

Así eran en las distancias cortas. Incluido el que sabía de casi todos los futbolistas y que decía correr maratones.

—Trabajando es siempre correcto, y nunca pierde las formas —se decían los unos a los otros, en círculos. Su peor enemigo es la desigualdad entre ricos y pobres. Jamás fue de una bondad extrema.

Ese llevaba unas *sneakers* de color marrón en lugar de zapatos. Un gesto que para algunos ya mayores era una falta de respeto y de decoro. Estaba operado de rodilla por dos veces. En lo que había menos consenso era en si debía lucir barba o no. En los últimos meses se le había visto completamente afeitado y, en otras, luciendo una frondosa barba.

—Él prefiere llevarla. Es su pequeña rebeldía, pero siempre es una sorpresa saber cómo vendrá.

—Os gusta el sabor de la mierda, ¿eh? —se les quejó ese—. Al menos sé de mi padre —ofendía, quitándose de en medio, ladrando sin querer ya líos, broncas, peleas que no pudiera manejar.

Costaba creer que hubiera tanto control y tantas clases en el sector del taxi madrileño, quienes se protegían y se cuidaban entre ellos.

—Mi objetivo es tocarme los huevos lo máximo posible, trabajar menos por el máximo dinero —alegó uno, ese al que le había gustado la ceremonia de apertura de las olimpiadas parisinas. De cutis muy blanco y pálido coronado por una voluminosa cabellera pelirroja.

Versos de mierda tiritando en un cielo sin estrellas les deseaban algunos, hora y media más tarde, o que caminase por Lavapiés, exponiéndose. Eso sí, todo muy corporativista.

Al término del descanso, más modestos y realistas, había quienes llenaban su termo de té o café, la otra alfabetización universal. Podría parecer que no tenían nada en común y, sin embargo, sus existencias estaban unidas por un hilo frágil e indestructible como el servicio de taxi y la presencia cotidiana en tantísimas vidas. Divina comedia e infierno. Un quiero y no puedo.

—Somos conscientes de que, con este calor, no apetece hacer mucho más que estar tumbado frente al ventilador con los ojitos cerrados y una copa cerca.

—La gente corre tanto... cuidado.

Cosas sobre cómo vivir, para despedirse y volverse a encontrar. Sororidad, humor y aguachirri, de igual manera, porque alguno sacaba del maletero una pistola de agua y disparaba gustosamente a los cristales de los otros, tan iguales en la dedicación y entrega con las que habían sido concebidos... que si no fuera por estos ratitos. No eran trabajos que condujeran a la senda de la riqueza y el éxito en el mundo.

Se gastaban bromas locas, grandes ideas. Eran llamadas a la tranquilidad por la inminente peatonalización del centro y algunos barrios, y un modo de deshabituarse el cerebro para evitar situaciones que les hicieran daño. Un cierto

lavado de cara que seguían de cerca los investigadores. Taxistas que de manera regular trabajaban con una aplicación, llegando a realizar de media veinticinco carreras a ojo de buen cubero, proclamando su oficio sin tono reivindicativo, enfrentándose a las modernidades. Chóferes que tenían pánico a estar desocupados. Estar con uno mismo implicaba estar en silencio, habiéndose rebasado la cifra simbólica del millón de residentes nacidos en Latinoamérica en ese Madrid y comunidad. Uno de cada siete habitantes.

A Chico Cruz le costaba un mundo superar los actos reflejos si se le sabía entrar; en cambio, De Miguel se comportaba como un ministro de economía, dentro y fuera del coche.

Madrid en sí mismo, una urgencia sin solución.

—Cuando me preguntan si me molesta que me llamen Chico, yo digo que no, y que lo sigan haciendo cuando tenga setenta —había respondido José Ignacio González a un inspector de policía en una visita exprés a la comisaría, antes de la visita al cine y el posado con Alejandra, cuyo comportamiento era tan peculiar como su atuendo. La mujer que pisó el acelerador de la vida hasta el último segundo, de no ser por José Ignacio.

—Veranito y buena letra —habían advertido por la emisora de los taxis. Mari Pau, que hacía de controladora para los que llevaban una *Fleur de Lis* (flor de lirio como simbología). Altiva y orgullosa, viuda de Rodrigo.

—No olvidarás mi nombre —le dijo ella cuando se presentó a De Miguel—. Yo antes era mejor persona. Ingerir pocas calorías retrasa el envejecimiento y alarga la vida —fría y circunspecta, efusiva y sensiblera.

Además, servía para desmentir muchos de los rumores, terca y arrogante, pero generosa.

—Camina, salta, baila. Aprende a descansar. Yo soy tu primer cerebro al volante. Vas donde yo digo. Y la salud, tu mejor talento —afirmó Mari Pau cuando se le presentó, incapaz de olerle el perfume, pero casi—. No sé ser de otra forma. Las personas ven en el mundo lo que llevan en su corazón.

Otra que vivía de forma modesta y que sabía manejar los toques de altiva condescendencia. Cuya voz parecía de un paraje idílico, alejado de la ciudad, capaz de adoptar muchas formas si no se le hacía caso, irrumpiendo a bocajarro frente a los efectos adversos. Sabedora de los cuentos tristes que esperaban las chicas antes de salir a bailar, de sus ojos bien abiertos en lugares manchados por el moho y la pérdida. Botón y cierre para orillar a esos taxis o ponerlos en circulación. Y cuerpo de voz que se despedía como un pez, desapareciendo cuando el destino dejaba de ser una víspera. Sombra en la nada de la nuez, y más allá de la nuez de los hombres y las mujeres del atributo de *Lís*. Inadvertida si había de serlo. Voz ancestral de virgen loca. Lengua rota y cinco segundos de horizonte a ese lado del cielo cuando pedía respuestas afirmativas o les regañaba, más que perversa. De ser en verdad peruana, apenas alcanzaría el metro cincuenta, y como mujer saludaría en la mejilla. Mestiza, posiblemente; de nombre español, ahora bien, pareciendo indígena. Su acento siempre era claro y fácil de entender; no hablaba rápido. Y con el dinero sí que tiraba de imperio inca: “Cincuenta céntimos, una china; un sol, una luca”. No siempre; a veces, cuando presentaba pronunciaciones distintas, como un sonido de “s” más fuerte, y el uso de “ll” como sonido de “y”. La “c” y la “z” las seseaba, dándole un énfasis gutural en las “g”. Y como todos, tenía orden de no usar el pronombre “ustedes” en lugar de “vosotros” para dirigirse a personas de confianza, iguales o inferiores (Chico se lo permitía, solo eso, si se equivocaban).

Rosa, la profesora y madre, tenía celos de ella. Y ni la había escuchado. Alguien que no era, pero que le resultaba violenta y excitante. Ya fuera por su complejidad etnográfica o sociolingüística de toda gran ciudad y cultura.

—Miel para la boca del asno —decía recelosa.

Como si el hacerlo fuera otra manera de ejercer, De Miguel también debió de besar sus carnes y llorarle todas sus afonías. Mari Pau De María, una mujer en una tierra distante (y no como Rosa, mucho más a mano), capaz de burlarse en tono agudo de la eternidad y al tiempo abrírsele de piernas, floreciente y estridente, con el espejo siempre un poco más alto, que ya tenía edad. El peruano de buen ver, callado y obediente, lo hizo una de esas veces que ella le dijo y acudió a Madrid. Un personaje complejo, vulnerable y en constante evolución. Para desvanecerse detrás de sus suspiros, brillándole a ella el rostro con orgullo, columpiándose tambaleante. Y la alegría de conquistador de él, con las suelas de los zapatos bien limpiatas, balanceándose de adelante hacia atrás entre los límites de su universo femenino, sujetándole las manos y los brazos firmemente hacia ella, tan vigoroso en según qué días, mujeres y momentos que les hacía daño en las caderas, no debiéndoles nada.

La Interpol (Organización Internacional de Policía Criminal) le había descubierto cuatro identidades en los últimos cinco años a Mari Pau. He intervenido cable explosivo como para romper cualquier cosa, desde hormigón armado a la tibieza de algún juez de lo penal.